

pia existencia. Nada hay probado, porque las mismas pruebas tendrían necesidad de otras pruebas, y así subiendo hasta el infinito¹. En tal estado la razón nos manda dudar de todo; pero la naturaleza nos lo prohíbe. « Ella sostiene, » dice Pascal, « la razón débil y no la permite disparatar hasta este punto². »

Es un hecho que no hay, ni habrá jamás un pirrónico verdadero; que la duda universal, absoluta, á que nos condena una severa lógica es imposible á los hombres, que todos sin excepción creen invenciblemente mil y mil verdades que forman el vínculo de la sociedad y el fundamento de la vida humana. No es necesario para convencerse preguntarles; basta verlos obrar. El escéptico más intrépido dará pasos atrás si ve á sus pies un precipicio; no tomará indiferentemente un veneno por alimento; no confiará su fortuna á un pícaro conocido por tal, ni su vida á un malvado que tenga interés en quitársela. He aquí la voz de la naturaleza; no es posible aho-

¹ Véase la *Defensa*, cap. X.

² *Pensamientos de Pascal*, cap. XXI.

garla ni desconocerla. ¿De qué sirve á Pirron ponderarnos tanto su pretendido escepticismo, mientras que no puede dar un paso, ni proferir una palabra sin desmentirse altamente? *Si es bastante loco*, según la expresión de Montaigne, *no es bastante fuerte*; y á pesar de su resistencia, una mano invisible y poderosa humilla su espíritu altanero, sujetándole al yugo de las creencias comunes.

Es un hecho finalmente, que una inclinación natural nos conduce á juzgar de lo que es verdadero ú falso según el común consentimiento, ó conforme á la mayor autoridad; que, llenos de desconfianza hácia las opiniones y los hechos que carecen de este apoyo, hacemos consistir la certeza en la armonía ó concordia de los juicios y testimonios¹; que, si esta es general, y más aun si es universal, dejamos de escuchar á los que la contradicen, y ni aun tratamos ya de convenarlos; les menospreciamos como insensatos, como espíritus enfermos, inteligencias delirantes, seres monstruosos que ya no pertenecen á la

¹ Véase la *Defensa*, cap. XIV.

especie humana'. Y no nos figuremos que los hombres sean injustos en esto. No se entra en discursos con los locos, aun cuando muchas veces guarden bastante orden en sus racionios. Mas, la única prueba que tenemos de la locura de aquellos que encerramos, es la completa oposicion de sus ideas con las ideas recibidas; y la locura consiste en preferir su propia razon, su autoridad individual á la autoridad general ó al sentimiento comun*.

* Feijóo dice: « Y si hubo alguno, que verdaderamente asintiese á él (el escepticismo) no debe considerarse como filósofo, sino como fátuo; y este modo particular de filosofar impropriamente se puede llamar tal, debiendo á justa razon llamarse un modo particular de delirar. » *Teatro critico*, discurso XIII, tom. III, p. 282. Madrid, 1737.

* Cabe tan poca duda en esto, que los mismos médicos no pueden dar otra definicion de la locura. « Este estado se manifiesta muy pronto á los ojos de todo el mundo, cuando un hombre que gozaba antes de buena salud forma, aunque dispierto, un juicio falso ó erróneo sobre las relaciones de los objetos que se ofrecen mas frecuentemente en el curso de la vida, y sobre los cuales los hombres forman un mismo juicio..... cuando menosprecia los avisos ó consejos que se le dan; cuando manifiesta una conviccion íntima de que todos los demas yerran menos él. » (*Traité du délire, appliqué à la médecine, à la morale et à la législation*, par F.-E. Fodéré, t. 1, pág. 327). Voltaire está de acuerdo con los médicos, y lo advierte por ser

Salgamos de aquí, busquemos otra regla de certeza, no hallaremos sino motivos de duda, y veremos abismarse poco á poco el edificio todo de nuestras creencias, en un vacío horroroso. Nuestra debil razon, incapaz de sostenerse á sí misma, desde luego que se la quiere cargar con una verdad, cualquiera que sea, se rinde con la carga. No sabe, ni lo que es, ni si es; su misma existencia es para ella un problema que no puede resolver sino con auxilio de la autoridad del género humano; y todo ser creado que se atreve á decir: *Yo soy*, no expresa ó enuncia un juicio, sino que protesta su fe en un misterio impenetrable, y proclama sin comprenderlo el primer artículo del símbolo de las inteligencias*.

cosa sumamente digna de nota la uniformidad de las definiciones que se han dado de la locura. « Llamamos locura, » dice, « esta enfermedad de los órganos del cerebro que de toda necesidad estorba *piense y obre uno como los demas.* » *Diccionario filosófico*, art. *Locura*.

* No puede concebirse la existencia de un ser contingente mas que por la del ser necesario, cuya voluntad es la razon de cuanto existe fuera de él. Olvidese por un momento, que hay un Dios; ¿cómo podrá uno cerciorarse de una existencia imposible, caso de no haber Dios? Sin embargo lo primero que establecen todas las filosofías como cosa cierta, es la existencia del *Yo*, bien mate-

Por poco que se fije la atención en esta importante materia, lo digo con confianza, vendrán á fortificar los principios establecidos en este capítulo, mil consideraciones que yo he debido omitir por no traspasar los límites que debo prescribirme. No es porque yo los suponga al abrigo de toda objeción; no ciertamente: se les puede oponer dificultades innumerables. A no ser así, sería falso que la razón, que es hábil solamente para destruir, nada sabe edificar que sea constante y duradero. Cuanto mas especiosos sean sus argumentos, mejor confirmarán lo que yo intento probar, á saber, que ella no es á propósito mas que para crear dudas, y poner el espi-

rial, bien sensible, bien pensador; todos empiezan por esta palabra: *Soy*, aun cuando ignoran ó dudan si hay Dios. Se podría comprender esta primera afirmativa si no anunciase mas que una creencia, y no un juicio de la razón, si únicamente significara *yo creo que soy*; pero no podría subsistir ninguna de estas filosofías. Por lo mismo quieren ellas que al decir: *Yo soy*, tenga el hombre la certeza racional de que en realidad existe; y desde luego ó carece de sentido esta palabra, ó supone en el hombre la necesidad de existir, le supone Dios; y hallando, como él, en sí mismo la razón ó la certeza de su existencia, tambien al contemplarse pronuncia conio él, que existe y se define por este carácter: *Ego sum qui sum*.

ritu, cualesquiera que sean las cuestiones que le agiten, en una penosa indecision y rodeado de tinieblas que le desesperen *. Mas no dejará por eso de ser verdad que, por un efecto de nuestra naturaleza, el consentimiento comun determina nuestra adhesion, que no tenemos otra certeza, y que, á pesar de todas las objeciones, un senti-

* Redúcense por último á una sola todas las reflexiones que se nos han hecho en contra. No ha sido posible impugnar nuestro principio fundamental: *Lo que todos los hombres creen verdadero, lo es*; porque hubiera sido negar la razón humana. Pero se dice; vos no demostrais ese principio que sirve de base á vuestra doctrina; de otro modo: No os refutais á vos mismo; no admitis la filosofía que tratais de combatir; no haceis lo mismo que, en todas partes, sosteneis es imposible hacer; es decir probar por el discurso una primera verdad, de donde inferir despues todas las demas; no suponeis la infalibilidad de la razón individual que negais expresamente. ¿Cómo es posible poderse entender ni convenir? No hallamos medio alguno para defender la filosofía que atacais; así como tampoco sabemos como podriamos trastornar la vuestra sin destruir al mismo tiempo toda certeza y verdad. Para admitirla, sin embargo, debería establecerse segun nuestro método la misma filosofía que desechais, fundado en razones á que no podemos responder con solidez. Decis y aun mostrais muy bien que conduce y no puede menos de conducir á los entendimientos que guardan consecuencia hácia el escepticismo y el error: muy bien, fundad sobre ella vuestra doctrina, probad así ser ella falsa segun vuestros mismos principios, y la reconocérémos verdadera. (Nota de la cuarta edicion.)

miento indeliberado nos arrastra á mirar como cierto lo que se apoya en esta base; de modo que segun el parecer de todos los hombres, substraerse á esta ley fundamental, universal, es dejar de ser hombre, es apagar en sí todas las luces naturales, y segregarse voluntariamente de la sociedad de las inteligencias.

Sobre este punto decisivo apelo á la conciencia; la escojo por juez, y estoy pronto á someterme á sus decisiones. Entre cada uno en sí mismo, y pregúntese; haciendo callar al orgullo y las preocupaciones. Evite confundir los sofismas de la razon con las respuestas simples y precisas del sentimiento interior que le ruego consulte; considere lo que es y no lo que se figura deber ser; abra los ojos sobre los hechos, y cierre su espíritu á las conjeturas: si hay un solo hombre que con tales disposiciones, se diga en el fondo de su corazón: « Esto que se me propone como verdades de experiencia, está desmentido por lo que yo siento en mí, y por lo que observo en mis semejantes, » yo me condeno á mí mismo, y me declaro un soñador y visionario insensato.

CAPITULO II.

DE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Volvamos por un momento hácia atrás nuestra vista; y fijémosla en el espacio que hemos recorrido. Buscábamos la certeza, y hemos visto que no podemos hallarla en nosotros mismos. La consideracion atenta de los hechos nos ha llevado